

Réquiem por María Luisa Dolz. Pedagogía y discurso femenino en Cuba. (1854-1928).

—• Por Yamilet Hernández Galano •—



Introito.

Al referirse a una personalidad de la pedagogía, desde las páginas de *El Figaro*, el gran intelectual cubano Enrique José Varona expresaba: "...para rendir tributo de aprecio, de respeto o de admiración que merece un individuo notable o eminente, lo eficaz de veras es aproximarse a estudiar su vida, su obra, para ver el sello que la distingue; y tratar después de ponerle relieve, a fin de que sirva de estímulo y de esperanza (...)"¹

Con tan elogiosas palabras, el gran maestro daba la bienvenida al mundo de la educación nada menos que a una mujer: María Luisa Dolz y Arango. Sin salir de su asombro ante los dones de esta mujer, comentaba: "Lo que me ha sorprendido más en la señorita Dolz (...) ha sido la voluntad serena (...) con que ha sabido aprovechar sus aptitudes, primero para desarrollar, fortalecer y cultivar su espíritu, luego para ponerlo al servicio de la vocación de su vida por la enseñanza. Eso en todas partes es difícil, pero en Cuba y en una mujer es casi asombroso"².

Esta última frase del sabio maestro apunta a un aspecto medular para la comprensión de la sociedad cubana decimonónica: el estatus social de la mujer. ¿Cómo fue posible que una mujer en el siglo XIX evadiera las barreras de género, convirtiéndose en una de las primeras universitarias, y a la par, dirigir uno de los colegios femeninos más prestigiosos?

El abordaje del tema de la mujer en la historia, en cualquier contexto epocal, conduce de antemano a entender todos aquellos aspectos de la sociedad que esbozan los comportamientos y experiencias de hombres y mujeres tales como la educación, el mercado laboral, las leyes, los discursos y sus prácticas. Para el caso cubano, comprender el universo colonial en que vivió María Luisa Dolz (1854-1928), resulta fundamental, al permitirnos aquilatar con



exactitud las palabras de Varona cuando catalogó su crecimiento profesional de "asombroso".

En los años 80 del siglo XIX, la sociedad cubana vivía tiempos de cambios. Tras una larga y fatigosa guerra independentista malograda, la sociedad civil comenzaba a enfrentar transformaciones. Comenzando por el orden político, las autoridades hispanas debieron rediseñar su poder sobre la ya no tan *Siempre fiel Isla de Cuba*, lo que supuso decretar la libertad de prensa y de imprenta, permitir la creación de partidos políticos y la ley de asociaciones, demostración de una relativa apertura. En el orden socio-económico, la abolición de la esclavitud fue uno de los mayores logros que, por otro lado, dejó sin trabajo a grandes grupos de analfabetos.

Paralelo al reordenamiento de la sociedad civil se impuso la necesidad de elaborar una nueva Ley de Instrucción Pública y se introdujo la segunda enseñanza solo para el sexo masculino, en detrimento de las mujeres. Con respecto a ello, los censos de la época ilustran cómo a causa de la exclusión de las féminas de las políticas educacionales, el 65% de las mujeres blancas y el 93% de las negras carecían de instrucción.³ En su lugar, las familias acaudaladas tomaron las riendas de la educación de las hijas.

A través de las llamadas formas no escolarizadas fue que la sociedad suplió las carencias del sistema educativo colonial. Las jóvenes pertenecientes a familias pudientes, en ocasiones recibieron influencias culturales de gran repercusión instructiva por medio de la asistencia a liceos, ateneos y tertulias; así como el acceso a una literatura de muy variado espectro, en ocasiones producida por féminas que tenían como destinatarias al “bello sexo”. La mayoría de los libros que circulaban entre las niñas y jóvenes, sugeridos por sus preceptores particulares, iban dirigidos a moldear los comportamientos femeninos, siendo muy leídos *La perfecta casada*, de Fray Luis de León, *Elementos de urbanidad para la educación moral de las niñas de colegios de primera enseñanza*, de Joaquín Nin Tudó, y las *Cartas sobre la educación del bello sexo*, escrito por Juan Francisco Chaple, de obligada lectura en las escuelas de niñas.

Los diversos discursos sobre la mujer condicionaron su realidad. Los planteamientos del Romanticismo, a inicios del siglo XIX, contribuyeron a exaltar la figura femenina y a enaltecer la belleza y la maternidad como únicos dones. Por otra parte, el higienismo y el discurso de la domesticidad, en boga ya para la década del 80, contribuyeron con sus estudios a dar espacios a la mujer en una sociedad dividida racionalmente en esferas diferentes, pública y privada, con lo que se perpetuaba la distribución de tareas según el sexo. En el trasfondo de los mismos el hombre continuaba ostentando responsabilidades de mayor “prestigio social” en el mundo público. Sin embargo, eran las “hijas de Eva” las depositarias del funcionamiento hogareño y también las responsables de educar a los párvulos. Aun cuando deja entrever una visión relegada de la mujer, la novedad de esta teoría radica en que por primera vez existió un consenso sobre la pertinencia de renovar la educación femenina, dado que era ella la garante de la educación de los hombres del futuro.

Otra problemática vinculada a la educación femenina, de amplia divulgación en la prensa, fue lo concerniente a la manera en que debía realizarse la inserción femenina en el mercado laboral. Se imponía el requisito del respeto a los preceptos más

elementales de la “moralidad burguesa”, tales como la disciplina y el espíritu religioso, temiéndose que un trabajo desmedido quebrara la feminidad de los “ángeles del hogar”.

Los factores antes apuntados contribuyeron a que al iniciarse la década del 80, la sociedad asistiera a la apertura de academias, colegios y escuelas con el fin de elevar la educación de las cubanas. Esta explosión de centros educacionales femeninos gozó de una gran diversidad de propuestas para las jovencitas: escuelas religiosas, de artes y oficios, academias de pintura, de teneduría de libros, lenguas extranjeras. Algunas de ellas fueron catalogadas de modernas al incluir en sus curriculums de asignaturas, el aprendizaje de la mecanografía. En tan particular contexto inicia su vida intelectual María Luisa Dolz y Arango.

» *Contra los designios de su época.*

Si bien el destino de las jóvenes era el de obtener una educación cuidadosa, sin grandes pretensiones, los planes podían variar, y en el caso la familia Dolz y Arango prevaleció cierto espíritu de autonomía en las féminas.

Siendo un acaudalado abogado el padre, Juan Norberto Dolz Claro, pudo costear una educación privilegiada para la mayor de sus hijas, quien recibió estudios de literatura, ciencias, música e idiomas como el inglés, francés y alemán, conocimientos claves para su futura carrera profesional. Otra costumbre transgredida fue la que establecía los límites del hogar como el espacio idóneo para la educación de las niñas. María Luisa transitó por planteles regentados por destacadas personalidades como Juan Bruno Zayas y, en especial, los de las maestras Zambrana de Cordier y Clara Azoy de Luna, las que influyeron en la formación de un pensamiento feminista cuya maduración tendría lugar años más tarde.

Aunque las referencias a su vida privada son escasas, sus escritos y discursos permiten vislumbrar a una joven de gran creatividad y profunda sed de conocimientos, acompañado de un carácter que manifiesta haber sido una mujer de decisiones propias, como la de no contraer matrimonio cuando, según los preceptos epocales, estaba en edad de hacerlo. En vez de casarse, a la edad de 20 años María Luisa, mostrando una actitud de independencia, comenzó a trabajar. Primero colaboró con la enseñanza de sus hermanas menores y luego alternó sus responsabilidades en el colegio del Cerro Nuestra Sra. de la Piedad, dirigido por María Josefa Ruiz. A todo lo anterior se suma la adquisición en 1879 del colegio Isabel la Católica, cuya dirección asumió tempranamente.

Mientras tanto, sus proyectos de superación no se detuvieron, pues se convirtió en una de las pri-

meras jóvenes en matricular en la Universidad de La Habana, acto transgresor de los límites del entorno intelectual femenino de su época.

» *Su paso por la Real y Literaria Universidad de La Habana.*

En una época en que escapar de las restricciones hegemónicas del orden patriarcal era difícil, un grupo pequeño de mujeres pertenecientes a una elite intelectual y profesional irrumpió en el recinto universitario. Recordemos que el tardío arribo de las féminas a los estudios superiores se debió en gran medida a que la segunda enseñanza para el “bello sexo” no fue introducido hasta el año 1879, lo que representó una gran limitante. Por tal razón las primeras en graduarse de la entonces Real y Literaria Universidad de La Habana lo hicieron a finales de la década del 80. Dentro del grupo de pioneras se encontraban Mercedes Riba Pinós (1883), Laura Martínez y Carvajal (1886), Dolores Figueroa (1888) y María Luisa Dolz (1890).

Siempre en constante búsqueda de superación intelectual, la Dolz perfeccionó su curriculum de estudios y alcanzó a lo largo de su carrera cinco títulos académicos: Maestra de instrucción primaria, de nivel superior y luego el de Bachiller en Artes, siendo la primera joven en obtenerlo. Dichos éxitos académicos le abrieron las puertas a los estudios superiores, para los que se preparó de manera autodidacta. No conforme con ello, su interés por crecer intelectualmente la colocó entre las primeras cinco féminas en obtener el grado de Doctora, y fueron las Ciencias Naturales, disciplina valorada en su época como “propia mente masculina”, su especialidad.

Su trayectoria evidencia cómo sorteó las limitaciones de un sistema educativo arcaico, que restringía los estudios de las niñas al nivel primario, y posteriormente dedicaría su talento pedagógico a cambiar esa realidad.

» *El colegio “María Luisa Dolz”*

Con el advenimiento de la República, el colegio Isabel la Católica cambió su antiguo nombre por el de María Luisa Dolz. En él, a partir de las experiencias y estudios acumulados, esta incansable maestra sentó pautas para la educación de la mujer con la introducción de prácticas pedagógicas y disciplinas poco usuales en los colegios femeninos de la época. Su pedagogía, defensora de un modelo nuevo de mujer, proponía “la educación y la infiltración en su cerebro de las grandes verdades (...) morales, sociales o biológicas (...), formando jóvenes de acción, sanas, robustas y equilibradas”.⁴

La excelencia del colegio también estuvo dada por la presencia de un claustro de primera línea conformado por la crema y nata de la pedagogía y la intelectualidad cubana, en la que encontramos ilustres nombres como los de Enrique José Varona, Carlos de la Torre, Rafael Montoro, Lincoln de Zayas, Ramón Meza, Alfredo Miguel Aguayo, Salvador Salazar, entre otros. Además, fue un espacio para el desempeño de mujeres cultas entre las que se encontraban Adriana Billini, quien había alcanzado lauros en el mundo literario y artístico; Mercedes Matamoros, maestra, escritora y poetisa; Carmen Casal; las maestras Pilar Romero, Esther Fernández y María Dolores Guerra, quien sustituyó a la Dolz a partir de 1925 en la dirección del plantel.

El plan de enseñanza del colegio tuvo una notable diversidad curricular en la que primó una instrucción de carácter experimental, basada en principios lancasterianos y pestalozzianos. El estudio del idioma inglés y francés, desde edades tempranas, tenía un sitio importante en la educación de las niñas, quienes debían asumir también la investigación bibliotecaria y el cultivo de manifestaciones artísticas, junto al desarrollo de habilidades como el trabajo de la “aguja”, el solfeo y el dibujo natural. En la rama de las bellas artes varias alumnas demostraron su destreza al ser galardonadas en las exposiciones de Buffalo y Charleston, en los Estados Unidos.

Como resultado de las experiencias adquiridas en sus estancias en el extranjero y la asistencia a exposiciones universales, surge la idea de proveer al colegio de un mobiliario confortable e implementos modernos. En uno de sus viajes a los Estados Unidos, María Luisa adquirió pupitres y materiales para las aulas especializadas, medios de enseñanza necesarios para instalar un museo de historia natural, una biblioteca escolar y un laboratorio. Junto a la educación experimental, simultaneó con métodos que desarrollaban la observación y el aprendizaje al aire libre a través de las excursiones campestres, los conciertos, conferencias, lecturas y fiestas literarias, entre otras actividades científicas y recreativas realizadas con sus alumnas.⁵

Desde 1881 este afamado colegio introdujo la *kalistenia* para desarrollar a través de los ejercicios físicos y la gimnasia rítmica, el bienestar corporal de las educandas. Dicha iniciativa se opuso al criterio sostenido por médicos y científicos, contrarios a las prácticas deportivas en las féminas, por considerarlas nocivas y masculinizadoras. Fue durante largo tiempo el único colegio femenino en practicar la educación física.

La preparación de bachilleres y aspirantes al magisterio recibida por las muchachas fue otro ele-

mento que hizo brillar al colegio María Luisa Dolz. Se estima que la cifra de estudiantes que pasaron por sus aulas ronda la cifra de tres mil, y algunas llegaron a ser prestigiosas doctoras en Pedagogía, en Farmacia, en Cirugía Dental o artistas célebres.

Las materias y los métodos implementados en el colegio estaban sustentados en concepciones de avanzada que buscaban una educación participativa, estimular el avance académico, la aplicación de la ética y la razón en todos los ámbitos, el vínculo con la vida y la naturaleza, todo ello marcado por una profunda connotación nacionalista. Pocos colegios del país, en su época, llegaron a implementar métodos y tendencias educativas tan actuales como la implementación de la psicología introspectiva, de la que fue una precursora. Por ello, la obra de la Dolz se equipara con la de célebres pedagogos como Rafael Sixto Casado, Rafael María de Mendive y José de la Luz y Caballero.

» *Una mujer de múltiples dimensiones.*

Dada sus inquietudes intelectuales, la Dolz fue una mujer que se interesó por los progresos de las ciencias, la pedagogía y la cultura. Su pasión por las ciencias naturales hizo de ella una gran conocedora de la obra de laureados filósofos, científicos y pedagogos, muchas veces socializados en cerrados círculos intelectuales como: Charles Darwin, Herbert Spencer y Emmanuel Kant. Tales motivaciones la llevaron a emprender largos viajes a Europa y Estados Unidos. Asistió a las exposiciones internacionales que tuvieron lugar en Chicago, en 1893; en París, en 1900 y Lieja, en 1905, donde obtuvo conocimientos sobre el mundo moderno que consideró útiles para la sociedad cubana.

Su visita a Alemania marcó pautas en muchas de las concepciones pedagógicas que tiempo después aplicó en su suelo natal. Realizó un periplo por varios centros de enseñanza como las Escuelas Normales de Leipzig y Postdam, el Seminario Pedagógico de Augusta Victoria, la Universidad de Leipzig con su conservatorio y su famoso Seminario Pedagógico. En París realizó una pesquisa en la Escuela Correccional Elisa Lamonniers, la Escuela Superior Villiers, el museo Pedagógico, y las escuelas católicas de San Vicente y San José. En los Estados Unidos visitó varias instituciones elementales, públicas y privadas, de New York, Washington, Chicago y Filadelfia.

Sin embargo, comprendió que toda teoría asumida debía adecuarse a la realidad concreta. Concediéndole gran importancia a los viajes, en tanto fuente de aprendizaje, planteó: “Deben tener por principal objeto traer hacia nosotros todo lo adaptable a nuestras no desdeñables condiciones (...)”.⁶

Una vez en suelo cubano, participó en diferentes congresos de educación donde socializó las experiencias obtenidas a partir de sus viajes. Por esos días los temas de actualidad que ocupaban los debates eran el estado de la educación de los niños discapacitados y la delincuencia infantil. En Cuba, ambas problemáticas necesitaban soluciones urgentes, pues tras el fin de la guerra gran cantidad de niños sin amparo deambulaban por las calles, deviniendo en carne de presidio. Como solución a tal problemática, María Luisa Dolz contribuyó con sus esfuerzos, a mejorar el centro de reclusión para huérfanos existente en Guanajay, cuya situación era deplorable. En ese sentido formó parte del Comité Ejecutivo de las Conferencias de Beneficencias y Corrección, de la Sociedad Protectora de los Niños y del Asilo de Huérfanos de la Patria.

Aunque su aporte pueda ser juzgado como meramente filantrópico, su iniciativa marcó el despegue de un ideario pedagógico que anticipó en Cuba la introducción de lo que hoy se conoce como educación integral. Mantuvo una fecunda actividad profesional, integró los tribunales para las oposiciones a cátedras de las Escuelas Normales de Maestras, y las comisiones para la selección de textos para las escuelas públicas. Impartió conferencias en el teatro Martí, sede de las Escuelas de Verano, creadas para la formación de maestros.

En vida recibió el reconocimiento de la intelectualidad cubana por su valiosa contribución a la educación, llegó a ser miembro de la Liga de Homicultura y socia de número de la Sociedad Geográfica de Cuba. Pero el más grande y merecido homenaje le fue dado por sus exalumnas y por el Club Femenino de Cuba, en grato reconocimiento a su trabajo ya no solo como pedagoga, sino como feminista.

Sobre su tarea liberadora de la mujer, Alfredo Aguayo diría: “comprendió que la causa de la educación y de la emancipación de la mujer eran dos términos que no podían separarse.”⁷ La perspectiva educativa diseñada por esta maestra estuvo encaminada a elevar la representación social de la mujer, para lo cual comprendió que primero había que cambiar el tipo de instrucción rudimentaria recibida por las niñas para hacerlas dignas competidoras en la esfera laboral y jóvenes independientes. También anhelaba la igualdad jurídica de los géneros y consideraba que para ejercer los derechos civiles antes había que preparar a las féminas para ello. Por eso su obra incentivó a cientos de cubanas a graduarse de estudios universitarios y a ser sus continuadoras, ya fuese como maestras o como activas luchadoras feministas.

La obra educativa de María Luisa Dolz, la menos estudiada de los grandes educadores de la centuria decimonónica, amerita una investigación pormenorizada por la riqueza de su pensamiento y su ética. Como dijera Enrique José Varona: “Su pluma y su palabra han abierto un surco que ha quedado marcado en la historia de las ideas en Cuba.”⁸

Notas:

1 Enrique J. Varona. *El Fígaro*, 1894. Colección facticia de María Luisa Dolz, en: Fondo Donativos y Remisiones, Archivo Nacional de Cuba.

2 *Ibidem*.

3 Los hombres habían sido beneficiados con una educación más integral; de ellos, el 69% de los blancos eran letrados, en contraste con los negros y mestizos, de los cuales

el 95% eran analfabetos. Ver: *Cuba. Censo, 1862*: Imprenta del Gobierno, La Habana, 1863.

4 *Memorias del colegio María Luisa Dolz, en conmemoración del 25 aniversario de la fundación del plantel*. La Habana, Avisador Comercial, 1904, p.6.

5 Se trataba de un centro privado donde las alumnas tenían que pagar por la matrícula y demás servicios, aunque establecía un sistema de becas para 12 niñas pobres, las que debían ser huérfanas de padres, gozar de buena salud y tener de 7 a 9 años de edad.

6 “La educación en Europa. Recuerdos de viaje”. En: *María Luisa Dolz, La Liberación de la mujer cubana por la educación*. La Habana, Oficina del Historiador de la Ciudad, 1955, p.127.

7 Alfredo Aguayo. *Tres grandes educadores cubanos: Varona, Echemendía y María Luisa Dolz*, La Habana, 1937, p.57.

8 Enrique J. Varona. *Ob.cit.*

